

Siendo lo que hemos rezado

*Her face is sans feature
But she wears a Dali brooch
“Diamond Dogs”*

Era una mujer robusta. Así la veía de niño; así me ha parecido siempre. Me levantaba con sus brazos y, con un ligero vuelo, me ponía de pie sobre la cama. Me persignaba. No me costó trabajo aprender aquellos dibujos de cruces sobre la frente, la boca, el pecho; volver otra vez a la frente abarcando hasta el pecho y terminar uniendo los dos hombros. Mi madre se ladeaba un poco para permitir que me mirara en el espejo de la cómoda. También en él se reflejaban, junto a mí, un niño Jesús puesto de pie cargando con una cruz de color verde que se había partido, los frascos de colonia, una barra de labios, una virgen de Lourdes. Aquellos desplazamientos del dedo pulgar cruzado con el índice me parecían algo abstracto, circunvoluciones que tenían la función de inducirme el sueño; de hecho, siempre iba en pijama. No me daba cuenta de que, verdaderamente, eran marcas; trazos que, noche a noche, se iban haciendo más gruesos. Después de persignarme, ella se sentaba en la cama, me ponía sobre sus rodillas y los dos recitábamos: “Ángel de la Guarda, / dulce compañía, / no me desampares / ni de noche ni de día”. No me besaba en ese momento, sino poco después, cuando me arrojaba en la cama. Oscuro.

Carlos era muy ceremonioso con las fotografías que, por

algún motivo, le parecían especiales. Las revelaba para hacernos llegar a los amigos una copia por correo. Era un día de verano en la playa. Habíamos enterrado a la que entonces era su novia —con ella se casaría después de algunas vicisitudes—. Los demás nos habíamos tumbado bocabajo con la cabeza sobre ella. El ángulo de la fotografía había ocultado casi por completo los cuerpos. Cuatro cabezas mirando al objetivo, incluyendo la de la enterrada, que la había girado... Por lo más sagrado, también por mi madre, hubiera jurado que yo estaba allí; precisamente la cabeza más cercana a la de ella, sobre uno de sus pechos, debía ser la mía. No, no podía haber perdido la memoria ni había sido un sueño. ¿Me había vuelto gilipollas, o qué? Una alucinación. Estaba sufriendo una alucinación. Dejé caer la fotografía al suelo y me tumbé sobre la cama. Cerré los ojos. Enseguida los abrí, me incorporé para buscar la fotografía. No me sonaba la cara de aquel tipo, no lo conocía de nada. No tenía por qué estar allí. La dejé sobre la mesilla de la habitación hasta que me vestí para salir por la noche, entonces me la guardé en el bolsillo de atrás de los vaqueros sin volverla a mirar.

Habíamos quedado en un bar para tomar las primeras copas. Llegué el último. Estaban animados. Me senté y me bebí una cerveza de un par de tragos. No consiguió centrarme. Reían de algo que yo no entendía. Mientras nos cambiaban los botellines, saqué la fotografía y la dejé sobre la mesa. Carlos me reprochó que la hubiera doblado por la mitad; después volvieron las risas recordando la escena. Nadie parecía darse cuenta de lo sucedido. El sudor comenzó a correrme por la espalda. Puse el dedo sobre la fotografía, señalando. Todos giraron su rostro hacia mí. Sé que el mío reflejaría una mezcla de desconcierto y tristeza anticipada. Supongo que no pasaría tanto tiempo, pero tuve la sensación de que transcurrieron minutos y minutos hasta que logré balbucear «¿quién era ese?». De momento no estallaron las carcajadas. Con sorna y una preocupación fingida me preguntaron qué me pasaba.

Me llenaron el vaso de cerveza y me pidieron que me lo bebiera. Así lo hice. Probablemente se me quedó una expresión bobalicona con la que fui escuchando que era yo, que no había cambiado tanto desde hacía unos días. Apuramos y nos marchamos. Bebí mucho aquella noche, aunque no llegué a emborracharme. Sí tuve una extraña sensación de madrugada mientras dábamos botes al compás de la música: me acercaba bailando hacia un espejo; todos estaban paralizados a mi alrededor; la música seguía sonando, pero mis movimientos se iban haciendo cada vez más lentos, lentos hasta detenerse.

Al día siguiente, rebusqué en los pantalones la fotografía. No la desdoblé; la guardé sin mirarla en el primer tomo de una biografía de Kafka, el que se corresponde con sus primeros años. Nunca he vuelto a sacarla de allí. Nunca he hablado con mis amigos de aquello, ni siquiera con Carlos, con el que sigo cultivando una amistad. En estos años, él y algunos otros han tomado fotografías, pocas, de las que no he sido capaz de zafarme; sin embargo, sí he conseguido ocultarme de alguna manera: volviendo el rostro en el momento del disparo, tapándome con una mano, con un vaso, refugiándome detrás de alguien. Supongo que he seguido haciéndolo por temor a que pudiera volver a suceder; no ha sido así, siempre me he reconocido en aquellos fragmentos que quedaban libres del escondite.

Un día de enero, con cuarenta y nueve años, tuve un accidente. Fue en Madrid, a quinientos kilómetros de la ciudad donde vivo. Había ido a la capital por motivos de trabajo. El último día aproveché para visitar el museo Reina Sofía. Me quedé un buen rato contemplando un cuadro de Dalí, Ángelus arquitectónico de Millet; de hecho, fue el último que miré. Salí a la calle con una sensación de melancolía. Caminé un rato sin rumbo hasta que me metí en La Central de Callao. Iba de una estantería a otra echando un vistazo. Me detuve en Kafka. No había nada que yo no tuviera.

Al final compré una edición de la *Divina Commedia* en italiano, la publicada en Milán por Ulrico Hoepli. Yo no leo en italiano. De allí me fui a tomar un par de cervezas a un bar. Sentado en la barra ojeé el libro: “*la mente mia, che prima era ristretta*”. Pagué y me miré en el espejo que tenía enfrente, un reflejo interrumpido por el ir y venir de los camareros. En la calle, me detuve en una parada del autobús. No llevaba mucho tiempo esperando cuando el coche de un borracho me arrolló. Oí el ruido de mis propios huesos al quebrarse. Mi cuerpo se desplazó varios metros, impulsado por un empujón que me podría haber llevado mucho más lejos, a un lugar del que no habría sabido volver. Permanecí inmóvil sobre el lado izquierdo. Enseguida me vi rodeado por un montón de voces y de gente. Entre las piernas de alguien vislumbré a un hombre que, de pie, en el borde de la acera, sonreía; con el dedo índice levantado, movía el brazo a derecha e izquierda diciéndome que no. Cuando recuperé la consciencia en el hospital, pregunté por mi libro de la *Divina Commedia*. Nadie supo darme una respuesta.

Después de tantos años, hoy he vuelto a abrir la biografía de Kafka. Su papel biblia ha envejecido bien. Lo he hecho porque, fumando un cigarrillo cerca de la ventana, he visto, a lo lejos, a alguien que se parece a ese que desde la acera sonreía y hacía el gesto de negar. Creo que lleva el mismo traje del día del accidente; sujeta un libro con su mano derecha. En este tiempo ha sido el único ser que he podido relacionar con la fotografía, el único que me ha dado la impresión de que se parecía. He querido comprobarlo sacándola del libro –me he fijado en que cayó entre las páginas setenta y seis y setenta y siete–; sin embargo, yo soy el que ahora aparece en ella, tan joven... Si estuviera aquí Carlos, le diría que me hiciera un retrato en este mismo instante. No me ha sorprendido hallar mi rostro sobre la arena que cubre a la que era su novia, quizás porque me he vuelto a encontrar en aquella tristeza anticipada que me sobrevino tomando cervezas con los amigos, tan joven. He vuelto a

la ventana y he encendido otro cigarrillo, el último del paquete. Sin prisa, he escogido uno de los cuadernos que no había estrenado; he cargado la pluma Mont Blanc de serie limitada dedicada a G. Bernard Shaw y me he dispuesto a escribir estas líneas. El hombre se ha cambiado el libro de mano, ya no está tan lejos; pero camina despacio y creo que tendré tiempo para llegar al punto y final.

Sol de verano; luna llena

*When you rock'n'roll with me
No one else I'd rather be
"Rock'n'Roll With Me"*

Compuse unos poemas pensando en ella. Desde entonces, creo que, de las veinticuatro horas del día, la mitad, cuando menos, las sigo pasando con el pensamiento puesto en ella de un modo u otro. Aunque esos poemas llegaron a ser finalistas en un certamen de poesía erótica, no son muy buenos. No soy un buen poeta. No sé lo que vería en ellos el jurado del premio. Así que recurrí a Edgar Allan Poe y su "Annabel Lee" —«en su tumba junto al mar»—. Hice una especie de collage con sus versos e intercalé algunos míos escritos a mano. Lo metí en un sobre de color crema, le puse un sello y se lo envié. Yo vivía en la calle España; ella, en la calle San José, dos más abajo del piso que yo compartía con Alejandro. Sin embargo, todo esto fue después.

Antes ya me había gustado. Una tarde, anocheciendo, la había visto venir de lejos por la acera. Llevaba un vestido largo, vaporoso, un bolso colgado del hombro. Botas. Caminaba con ese paso lento que suele usar. Miré hacia arriba, a la luna. Bajé la cabeza. Comprendí la leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer; comprendí lo que era un rayo de luna. Tantos años insistiendo Bécquer en que la poesía no está en los libros sino en la vida, y ahora me daba cuenta, a la altura de un supermercado en una calle corriente de una

ciudad próspera y decadente, de lo que el poeta quería significar. Nos saludamos al cruzarnos, pues ya habíamos sido presentados. Era el tipo de mujer que siempre me ha gustado: no muy alta, delgada, con cara de niña, rubia. Sí, sabía quién era, pero no dejé de sobrecogerme al tenerla cerca. ¡Joder!, estaba estupenda. La verdad es que siempre he dado con mujeres bellas, hasta las que han sido solo amigas –un verdadero regalo de la vida, dada mi torpeza para requebrar–. Nos vimos otras veces en las que la miraba y la volvía a mirar disimuladamente, como miro a muchas otras mujeres sin que se me pase por la cabeza que algo cierto vaya a suceder. Había un añadido en ella que me hechizaba: el timbre de su voz; también su ingenio, o que sabía captar perfectamente la atención de los oyentes..., mi atención, la de sus alumnos. Bueno, esto ni es exacto ni lo es todo, hay más: la mezcla de inteligencia y belleza siempre me ha fascinado. Y las dos se daban en ella. Escuchándola, yo me quedaba sin saber muy bien qué decir, excepto alguna banalidad o idiotéz con las que pretendía ponerme misterioso y estar a la altura. Es ahí donde se movía, verdaderamente, el encantamiento que me provocaba, su seducción, en esa armonía de belleza e inteligencia. Sin embargo, no podía ser para mí.

Y, sin embargo, a veces hay alguien que te hace caer en lo que tú ya sabes, y que te invita a mirar con detenimiento. Bajábamos Alejandro y yo por la Plaza de la Constitución, uno al lado del otro. Aunque no demasiados, sí había transeúntes, a derecha e izquierda y frente a nosotros. Caía la tarde. «¿No te has fijado en ella?» «¿En quién?» «En ella, es mona.» Caminaba delante de nosotros a unos metros, junto a una amiga. Por supuesto que ya me había percatado de que era ella antes de que Alejandro me lo advirtiera; por supuesto que supe a cuál de las dos se estaba refiriendo. «Sí es guapa.» «Es muy guapa.» Torcí la cara hacia él. Sonreía. Se había puesto una gorra para cubrir su calva del frío; llevaba sus gafas oscuras, su chupa de cuero, sus Levi's negros, sus botas negras de

suela ancha. Alejandro era ciego.

Esa misma noche detuve mi mirada en los ojos de ella. No me rehuía. Sentí miedo y felicidad. En días posteriores seguí mirándola hasta que una tarde, dentro de un ascensor, los ojos se nos cerraron por un beso.

Justo una semana después de que me hiciera fijarme en ella, Alejandro desapareció. El casero me dijo que había pagado su parte del alquiler y se había marchado sin dar más explicaciones. «¿Y sus cosas? ¿Qué hacemos con sus cosas?» Me respondió que había dicho que vendría alguien a por ellas. Efectivamente, al poco apareció una pareja. Se presentaron como amigos suyos. Me contaron que Alejandro estaba bien, que se había tenido que marchar precipitadamente por motivos de trabajo, que vivía en su casa de Valencia. No me dieron más detalles. Mientras recogían, pusieron el disco de David Bowie, *Diamond Dogs*. Alejandro no dejaba de escucharlo mientras estuvo en el piso. Al despedirse, les pedí que le dieran muchos recuerdos, que me acordaba mucho de él. Así lo harían. Sin embargo, cuando entré en su habitación vacía, encontré que la pareja se había dejado el disco de Bowie sobre una nota que asomaba: «Querido compañero, no me recuerdes; soy flor de un día». Ahora era yo el que se sonreía. Otra pose, la última de un dandi, un Tiresias vestido de negro que me pedía que no lo recordara, pero me dejaba un disco para que no pudiera olvidarlo. De hecho, a veces me veo como ese Bowie de la portada –salvando las evidentes distancias, que no son pocas–: un perro tumbado con cara de hombre, mirando y recordando a quien él me puso delante de los ojos. La recuerdo en lo que he escrito, en lo que he leído y en la realidad vivida. La recuerdo en una novela con un vestido negro con cremallera; la recuerdo con la pierna sobre la cama subiéndose una media, el culo espléndido, desnudo; la recuerdo con una gorra blanca de punto que le recoge todo el pelo bajo la nieve de Estambul; la recuerdo enamorándose de un personaje con Frank

Sinatra; la recuerdo con la piernas cruzadas cocinando; la recuerdo con una risa clara y limpia; la recuerdo con unas botas camperas; la recuerdo con unas botas camperas en el autobús de una novela; la recuerdo bailando una rumba; la recuerdo cortando rosales; no he conseguido el modo de impregnar una página, un párrafo con el olor de su piel; me recuerdo fracasando al intentar llevarla a un poema; la recuerdo en Praga junto a Kafka; la recuerdo hablando del ADN; explicando el SIDA; la recuerdo mil veces pintándose los labios; la recuerdo estrenando zapatos; no la recuerdo llorando; la recuerdo en Times Square, como si desde allí el mundo estuviera a su disposición; la recuerdo atractiva con un delantal; la recuerdo cogiendo moras en la Serranía de Ronda, los brazos chorreando como si acabara de asesinar a un personaje de una de mis novelas; la recuerdo bajo el sol con un libro; la recuerdo bajo la luna. La miro y soy un perro de diamante que permanece tendido a su lado, junto a su tumba que, casi con seguridad, ocuparé yo antes. No importa, la esperaré, nunca he tenido prisa con ella, nos quedan eternos días de sol y eternas lunas llenas por delante.

Sueño

Bro bro bro bro bro bro bro bro bro bro
“Chant Of The Ever Circling Skeletal Family”

No suelo recordar los sueños. Si ahora lo intento, me vienen a la mente cuatro. De esos, alguno tampoco podría narrarlo, solo alcanzo a ver retazos o a acercarme a las sensaciones que me dejaron. Precisamente, el hecho de que no consiga traerlos a mi conciencia es lo que me resulta inquietante del que voy a contar, uno de esos cuatro, del cual sí puedo dar detalles bastante precisos.

El día cinco de enero de 2015 compramos un roscón de Reyes en una buena pastelería que frecuentamos. Esa noche, después de cenar, me corté un trozo que tomé con unas copas de champán. La porción que me comí no contenía ningún regalo. Esa misma noche soñé lo siguiente: entraba con una persona querida en una casa. Los dos, uno al lado del otro, recorríamos un largo pasillo que daba a una habitación. Pasábamos dentro. Permanecíamos un rato en su interior, no mucho tiempo, con una extraña sensación. No recuerdo el mobiliario de la habitación, aunque más bien tendía al vacío. Al salir de la casa, diría que no muy lejos de ella, nos encontrábamos con una señora a la que yo le decía que dentro de esa habitación habíamos tenido una sensación rara. Esta señora nos respondía que para saber si una habitación estaba embrujada, había que coger dos cosas que fueran iguales; ponerlas en funcionamiento en su interior, y si una de ellas se comportaba de modo distinto a la otra, entonces

la habitación estaba embrujada. Al día siguiente volvíamos a entrar en la casa esa persona querida –no sabría precisar con exactitud quién era, posiblemente mi mujer– y yo. Recorríamos el pasillo hasta la habitación. Entrábamos. Había una mesa en el centro. Yo llevaba dos peonzas, una en cada mano. Sobre la mesa las hice girar a la vez. Al rato, una de ellas dejaba de dar vueltas, se caía y se paraba. La otra seguía girando y girando. Se detenía después de haber pasado un tiempo largo; pero, entonces, la primera peonza, sola, se ponía en pie y comenzaba a girar por sí misma.

Hasta aquí lo que recuerdo del sueño. Aunque no lo considero una pesadilla, me desperté con cierta desazón, como desorientado.

Para desayunar, me serví un té y una generosa porción del roscón de la noche anterior. Esta vez sí me encontré un regalo envuelto en un plástico. Lo dejé en el plato para abrirlo más tarde. Sin embargo, mi mujer se adelantó. Encontró el plato en la cocina. «¿A que no sabes lo que te ha salido en el roscón?» Me lo trajo. Era una peonza.

Le conté entonces el sueño. Sorprendida dejó la peonza sobre la encimera de la cocina. Al cabo de un rato, la cogí; me produjo un estremecimiento. Me asusté. La tiré al cubo de la basura. Solo recuerdo de ella que era de plástico, de un color anaranjado, sin nada especial.

A partir de ese día, he permanecido alerta a todo lo que me pudiera encontrar que tuviera que ver con una peonza. Lo primero fue saber que los judíos la usan para jugar en la época de Hanukkah. La llaman *dreidel*. Un *dreidel* tiene escritas cuatro letras en cada lado, juntas componen la frase «Un milagro sucedió aquí». Las letras hacen referencia a los cuatro lugares en que el pueblo judío sufrió exilio: Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Para explicar el juego, se remontan al siglo II a. C., cuando los griegos prohibieron a los judíos la lectura de la Torá. Los judíos continuaron leyéndola a escondidas. Si llegaban los griegos, ocultaban los textos y disimulaban jugando

con el *dreidel*.

Explicando a los alumnos la diferencia entre diptongo e hiato, nos salió en el libro de texto la palabra «peonza» para que los alumnos la reconocieran como hiato en un ejercicio.

En la película *Orgullo y prejuicio* (2005), de Joe Wright, aparece una niña jugando a la peonza cuando el Sr. Collins (Tom Hollander) está predicando en la iglesia. Mientras la niña la hace girar, y de fondo se escucha el ruido de sus vueltas sobre la madera del banco en el que está sentada, el pastor dice lo siguiente: «Pienso en todos aquellos objetos que solo se pueden obtener a través del acto». Inmediatamente pide perdón y se corrige: «A través del acto de la amistad o del civismo». Los feligreses, aburridos, ni siquiera se percatan del error. Aunque la había visto antes, no recordaba ese momento de la película. Me fijé en ella volviéndola a ver con los alumnos de Literatura Universal.

He de decir que, al año siguiente, en 2016, compramos otro roscón en la misma pastelería. En esta ocasión lo que me salió fue un trébol verde de cuatro hojas con un cordoncillo rojo.

Este año, 2017, tampoco faltamos a la cita en la confitería. La noche anterior, es decir, la del día 4, vi la película *Origen* (2010), de Christopher Nolan. La había visto hacía años. Sabía que, en ella, Dominick Cobb (Leonardo Di Caprio) se servía de una peonza para saber que estaba en la realidad y no en uno de los sueños que manipulan. Al día siguiente, el 5, compramos el roscón. Por la noche, me corté un trozo. Repetí. En esta segunda porción me encontré una peonza envuelta en plástico como la vez anterior. Mi mujer y yo nos miramos; nos sonreímos. No he sentido temor – lo que se va haciendo habitual elimina los miedos–; la he lavado y la he guardado en la caja donde también guardo las plumas estilográficas. Está fabricada con un plástico verde fosforescente. Formada por un círculo al que se superpone un triángulo. La he hecho girar varias veces; dada su poca calidad, no lo hace mal.

A todo esto habría que buscarle un significado que a mí se me escapa o no sé encontrarlo. Veo un par de referencias religiosas: la judía, la cristiana, ninguna católica; veo connotaciones, pero no sabría cuál de ellas me está llamando. Un gran amigo, Darío, me dijo que, según Jung, «las repeticiones son una insistencia del inconsciente para comunicar algo a la conciencia». Terminaba aconsejándome que escribiera sobre la peonza. Me interesan muchas cosas, pero mi vida se llena fundamentalmente con mi mujer y la literatura. Por eso tengo tendencia a buscar explicaciones que puedan tener un fundamento literario. Vayamos con esto. Si incluimos también el hiato de la palabra peonza como una referencia lingüística y la película de Christopher Nolan –Walt Henderson, en *Paris, Texas*, también saca una peonza cuando sube al avión para ir a buscar a su hermano Travis, pero no me veo capaz de integrar la película de Wim Wenders en este discurso–, en la que la realidad está horadada por los sueños y se llega a decir, mientras gira la peonza, que esto no es la realidad, quizás el dichoso juguete pretenda guiarme hacia una estética literaria de la que formen parte el juego, como un elemento connotativo, y un concepto de la escritura literaria en la que lo espiritual, lo oculto, lo fantasmal, los sueños, han de tener una presencia efectiva, pues así como yo puedo estar determinado por unos sueños que no recuerdo y por un inconsciente que se hincha hasta que acaba perforándose, también los personajes literarios se construyen con elementos perturbadores, ocultos, que los alejan de un fácil o establecido psicologismo. Con esto no pretendo ponerme freudiano, aunque sí creo que Freud tiene más valor literario que científico –tengo frente a mí una fotografía suya que compramos en Viena, en el museo de la calle Berggasse–, pero he de reconocer que me gustan las historias de fantasmas y escribir sobre fantasmas, tal vez porque es el modo que el inconsciente usa para filtrarse. Por otro lado, es cierto que ahora veo a las personas que he conocido hace años,

cubiertas por un aura espectral: su pasado. Evidentemente soy yo el que las ve como individuos a los que les sigue una sombra; es decir, que el defecto, si puede decirse así, está en mi mirada, no en ellos. Soy yo el que mirándolos se mira, y así caigo en la cuenta de que, en algún momento, ellos y yo dejamos de ser los mismos. Aquí puedo enlazar con la otra obsesión de mi vida: mi mujer. Porque si fuéramos capaces de establecer un momento preciso a partir del cual dejáramos de ser quienes éramos, diría que ese momento coincide con la llegada del amor. O sea, el pasado nos convierte en espectros de nosotros mismos porque el amor nos eterniza en un presente continuo.

Dicho todo esto, me queda la duda de si la explicación tiene algo que ver con la peonza embrujada o, si lo que he hecho, ha sido acabar hablando de lo que yo quería hablar, de mis intereses. Siguiendo la recomendación del amigo Darío, a la que me he resistido durante solo dos años, la peonza me estaría haciendo escribir con una escritura que giraría sobre sí misma, sobre mí mismo; nada más. Sin embargo, a pesar de este ensimismamiento, no tengo la sensación de haberme dado una explicación que me satisfaga plenamente, en la que me vea reconocido y pueda atisbar que es por ahí por donde debo buscar... No sé, quizás cuando vuelva a leer estas páginas mude esa sensación; o, lo que también es muy probable, me diga que toda esta explicación no anda lejos de ser una gilipollez.